

persuaden que el Rey Prudente, verificado el casamiento con la Reina inglesa, no mancilló, ni en un ápice, su honor, limpieza y reputación, sinó que desempeñó cumplidamente el oficio difícil y elevado que le encomendó entonces la Divina Providencia, el Romano Pontífice y la política cristiana de Europa ¹.

tica y gentes de España. Muestran asimismo con cuánto tino supo sujetar y reprimir el ímpetu natural y la susceptibilidad de los nobles y caballeros españoles de su comitiva, cuando en mil ocasiones se veían ó conceptuaban ofendidos por los desaires y desprecios de aquella «gente bárbara,» como dice la carta tercera, «é herética, que no tienen cuenta en sus ánimas é conciencias, ni temen á Dios y sus Sanctos ni conocen obediencia al Papa...» (Carta tercera de las relaciones susodichas.) ¡Con cuánta razón el común sentido de la Historia apellida Prudente al Rey de España Felipe II!

¹ Según Prescott y Holinshed, vol. IV, pág. 62, la entrada de los reinos esposos en Londres fué grandiosa y solemnísimá. Los edificios estaban todos colgados de mil varios primores y galanuras, y las calles principales llenas de arcos de triunfo. Uno de ellos representaba á Enrique VIII con la *Biblia* en la mano: «Et le chancelier Gardiner en fit un reproché à l'artiste en disant, que le livre divin serait mieux aux mains de la Reine Marie, si zelée à retablir le vrai culte fondé sur les Ecritures. Le malheureux artiste ne perdit pas un instant pour réparer son erreur...»



CAPÍTULO V.

I.

RENUNCIA EL EMPERADOR EN D. FELIPE SU HIJO.

HABIENDO puesto el Rey D. Felipe término cabal y cumplidísimo á aquella grande hazaña de tornar el reino entero de Inglaterra á los brazos de la verdad y fe católica, gastaba el tiempo sin perder momento en restaurar templos y monasterios por toda la Isla; recoger en ellos comunidades de entrambos sexos; proporcionarles rentas y bienes; poner en su debido lugar las cosas eclesiásticas; llamar las ciencias, las artes cristianas y los cultivadores de ellas; darles sitio honroso en las universidades y claustros monacales; finalmente, en dar remate al perfeccionamiento interior de aquella obra gigante, fruto digno de tan católico y piadoso monarca. Y cuán brillante y laudatoria sea esta acción heroica en la historia y vida de Don Felipe, decláralo por un lado el gozo y complacencia suma que produjo en el ánimo de todos los católicos del mundo; y por otro, la rabia ó malos ojos con que lo vieron los herejes, apóstatas y demás servidores del reino satánico ¹.

¹ «Luego entendió en la restauración de las universidades de Oxford y Cantbrigia; y cometi6 á Ormaneto, que después fué Obispo de Padua, varón insigne en piedad y letras, la lección de las ciencias y elección de los profesores dellas... Entendió también en la restauración de los templos y monasterios, y recogió los frailes y monjas en ellos y en la

Sería dejar de todo punto el camino comenzado pararse ahora á contemplar las fiestas que con tal motivo se celebraron en las diversas partes del orbe católico. Sirvan de ejemplo y prueba de ello las demostraciones de regocijo y santa complacencia que en aquellos días ofrecieron la ciudad de Roma y el Vicario de Jesucristo; y por lo que entonces hizo la cabeza, juzgue el lector cuán grande no sería el contentamiento de los miembros. Hé aquí con qué frase tan sencilla y elegante refiere el caso y la entrada de tal noticia en la Ciudad Eterna Don Luis Cabrera: «A diez y seis de Diciembre recibió el Pontífice las cartas de Inglaterra por mano del embajador del Emperador, y diciendo *Pater noster qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum*, mostró tanto placer, que hizo disparar la artillería del castillo de Santangelo, y poner luminaria vistosa en él, en sus palacios, en toda la ciudad. En el templo de San Pedro oyó misa en la capilla de San Andrés, y dió gracias por el beneficio en aumento de la Iglesia en la festividad de su día. Publicó las cartas á los Cardenales, recibió los parabienes, gozóse entrañablemente con ellos. Hizo procesiones generales, dijo misa solemne en la dominica siguiente en la capilla de San Pedro, concedió jubileo al hospital de los ingleses: volviendo á su palacio, derramaron monedas de plata en cantidad, invocando abundancia y paz. Escribió á los Reyes de Inglaterra con amor y satisfacción, agradecido y alegre con el hallazgo de la oveja perdida como pastor tan bueno y tan santo»¹.

restitución de sus bienes... y en el interin mantenía á los eclesiásticos largamente, y gastó él solo más hacienda sacrificada en servicio de Dios y de su fe, que han tenido de renta los demás reyes de aquesta nación.» *Dichos y hechos del Señor Rey D. Felipe II*, por el licenciado Baltasar Porreño, cap. VI, pág. 67. Valladolid, 1863.

¹ Luis Cabrera de Córdoba. *Historia de Felipe II*, lib. 1.º, cap. VI, pág. 31 del primer volumen. Nameche, pág. 54, se hace cargo de castigos y ejecuciones que fueron entonces allí necesarios, y dice: «elles sont peu de chose en comparaison de celles de l'impur anteur du schisme anglican le roi Henri VIII, et des excès cruels d'Elisabeth, la digne héritière des instincts sanguinaires de son père.» Ibid. Aquellos tan decantados rigores reprobaba ya entonces un fraile español, nuestro Alfonso de Castro, confesor por más señas de Felipe II.

De esta manera explica indirectamente y sin quererlo este antiguo historiador español la grande alteza del ingenio, sabiduría y celo del Príncipe Prudente, que con intención cristianísima y los ojos fijos en Dios, desbarató el poder del infierno en la Gran Bretaña; estableció allí la soberanía de Cristo; volvió ánimas por millones al regazo y seno de la Iglesia; dió vida y pan de verdad católica á toda la nación; días de consuelo y regocijo santo al Padre común de los fieles; gloria á Dios; alegría á los ángeles; confusión y rabia á los espíritus de las tinieblas. ¡Pluguiera á Dios que así obraran todos los monarcas del mundo moderno, y comprendieran bien, imitando á D. Felipe II, el deber que tienen de extender y conservar íntegro el reino cristiano y católico entre los hombres!

No podían quedar sin premio el celo y las obras del Rey en favor de la verdad y de la Iglesia en la antigua Isla de los Santos. Y así determinó la Providencia divina remunerarle los servicios, haciéndole de un golpe dueño y señor de todo el imperio y estados de su padre. Corría el año de nuestra Redención de 1555, cuando el Emperador Carlos V, tocado de especial y cristiana luz, trabajado de algunos achaques y dolencias, resolvió en su pecho, y á solas con Dios, renunciar y cambiar todos sus reinos por adquirir el solo reino de los Cielos. Terziversen y desfiguren como les plazca esta incomparable acción del Emperador los enemigos de la casa de Austria; la historia sincera de aquellos tiempos da testimonio que Carlos V, no vencido de temores, ni de horizontes negros, ni de horror al trabajo, sinó deseoso de vivir para sí, y entregado totalmente á la religión, determinó dejar la púrpura real, huir las tempestades del mundo y labrar en santo retiro la salvación de su alma¹. «Después que el Emperador, escribe el clarísimo Sigüenza, por el discurso de su imperio hubo vencido todos sus

¹ Luis Cabrera de Córdoba, *Felipe II*, lib 1.º, cap. VII, pág. 34. El Rey fué llamado de su padre, para abdicar en él sus estados. María, su esposa, anduvo desolada con tal partida, y destrozado el corazón la despidió en Greenwich recomendándola al Cardenal Polo. Acompañaban al Monarca los Condes de Arundel, de Pembroke, de Huntington y otros señores de la nobleza inglesa. Nameche, pág. 56.

opositores los enemigos de Cristo, los rebeldes á su Iglesia y los contrarios de sus reinos y de su imperio, faltábale sólo vencerse á sí mismo. Y cuanto él fué mayor y de más alto valor que todos sus contrarios, tanto fué mayor esta victoria que todas las otras.» Y hablando de las hazañas del mismo Emperador este célebre cronista añade: «á mí no me toca tratar de ellas; lo que me cabe por suerte y buena dicha es esta postrera hazaña con que D. Carlos V con tanta gloria y tan admirable ejemplo venció este enemigo tan fiero, el ansia de reinar, deshaciéndose de su imperio, estados, reinos, desnudándose de todo, renunciando tanta majestad, gloria, mando, respeto, adoración, servicios y áun regalos; retirándose del mundo en un desierto en compañía de unos pobres religiosos á terminar el curso de la vida»¹.

Y porque ningún amigo de novelas y mentiras históricas, pueda aún seguir creyendo, ó enseñando que el Emperador don Carlos V se encerró en el claustro para no verse envuelto en la red que la política herético-enemiga le tendía en aquel año de 1555, sepa que el gran vencedor de Pavía tenía mucho antes concertado con Dios aquel plan y pensamiento, digno de eterna loa; esto es, poner bajo sus piés las cosas todas del mundo. «Y el tiempo, añade Sigüenza, que se detuvo en traerle á ejecución, fué por dejar todas las cosas de la Iglesia y de la Cristiandad bien asentadas, seguras, *acabadas las más peligrosas guerras*, congregado el Concilio para las cosas de religión, y dejado un *heredero cabal y tan pío* como su hijo D. Felipe².» Lo cual es tan cierto, que apenas hay historiador español de aquel siglo que no refiera el viaje de Felipe II al monasterio de Yuste, antes de embarcarse para Inglaterra. Y añaden que fué hecho por mandamiento de su padre, con el fin de poderle dar noticias seguras del sitio y alrededores del santuario. Confírmalo todo galanamente el mismo Sigüenza de esta manera: «Que esto fuese cosa muy pensada parece claro,

¹ *Historia de la Orden de San Jerónimo*, por Fr. José de Sigüenza. 3.^a parte, lib. 1.^o, pág. 186. Madrid, en la Imprenta Real, año 1605.

² Fray José de Sigüenza. *Historia citada*, parte 3.^a, libro 1.^o, pág. 187.

porque doce años antes desta determinación había enviado S. M. á considerar la casa, el sitio, el cielo, la disposición del monasterio de San Jerónimo de Yuste hombres doctos y prudentes, y le llevaron entera relación de todo..... Desde entonces lo cuento yo por religioso, y en un ánimo tan determinado y firme por profeso»¹. Así testifica la verdadera historia que por motivos que le inspiraron la religión y su piedad, pasó el Emperador D. Carlos V del trono al claustro, de los campos de batalla á los de penitencia y oración, para vencerse á sí propio en la soledad y retiro de un monasterio².

Pero dejando para otra pluma este punto, reanudemos de nuevo el hilo de la narración. En este susodicho año recibió D. Felipe carta de su augusto padre, donde manifestaba vivas ansias de verle y abrazarle. Para satisfacer las cuales, apercibióse el Rey Prudente de todo lo necesario; y prometiendo á los ingleses volver con tal presteza, que sus deseos y menesteres cumplierse bien, salió de Londres en el mes de Octubre y en pocos días se presentó delante del Emperador. De esta entrevista, escribe Cabrera que se gozó el augusto César en ver á su hijo ya varón; su fama extendida con buenos efectos de prudencia y providencia en la administración de los reinos de Inglaterra y España, y qué sin escrúpulo pondría el peso de su monarquía en sus hombros³. Para eso precisamente le había llamado; para renunciar en él la corona real y el mando de

¹ Añade el Padre Sigüenza que «partió el Príncipe para el monasterio conforme la instrucción de su padre, y lo que había concertado con el general: llegó allá para la fiesta del Córpus. Estábanle aguardando los religiosos la misma mañana de la fiesta puestos en procesión á la puerta de la iglesia. Y como desde sus primeros años fué tan modesto, parecióle que no era aquel día de haber otra procesión sinó la del Rey Eterno; hurtó el cuerpo, y disimulando lo más que pudo, se entró en el convento por la portería sin ser conocido. Mudó el hábito de camino, y bajó luego á la procesión del Sacramento acompañándole con una vela encendida. Después de comer miró la disposición del sitio de la casa y de la huerta, *entendiendo bien lo que su padre pretendía*. *Historia de la Orden de San Jerónimo*, parte 3.^a, lib. 1.^o, pág. 187.

² Sigüenza, *Historia citada*. parte 3.^a, lib. 1.^o, pág. 187.

³ Cabrera, *Historia de Felipe II*, lib. 1.^o, cap. VII, pág. 37.

todos sus Estados. A cuyo fin é intento convocó el Emperador y juntó en Bruselas los Estados de las siete provincias flamencas, presentes las reinas sus hermanas, y duque de Saboya.

No de mi pequeñez, sinó del pincel divino de Murillo sería objeto digno el pintar aquella asamblea soberana congregada en los reales alcázares de Bruselas, compuesta de tantos poderosos del mundo, Condes, Duques y Marqueses, representantes de las provincias, Grandes de España, capitanes y guerreros llenos de fama y de valor, Reinas y Príncipes de sangre y de raza. Presidia á todos ellos el invictísimo César, con la Corona de dos mundos en las manos; y teniendo al Príncipe á sus piés, habló con majestuosa reverencia así: «Hago yo faltas al gobierno por mi poca salud; y para mejoralle os doy un mozo ayudado de buen deseo, fortuna, fuerzas para manteneros en justicia y en paz, y defenderos imitándome; pues jamas hice guerra, sinó con urgentes causas, y provocado..... quiero dejaros en sosiego y prosperidad no perturbada de la fuerza, ni de la ambicion. Encargo seguramente la monarquía y defensa de la religion á mi hijo D. Felipe; pues no la arriesgara en los peligros de tantos enemigos poderosos, habiendo empleado tantos ejércitos, años, tesoros en su continua proteccion»¹.

Estas, ó muy semejantes palabras pronunciadas por el Emperador con voz apagada y trémula, conmovido el ánimo y agitado el corazón, arrancaron lágrimas á ojos que jamás pudieron ni supieron llorar; al Rey D. Felipe las frases siguientes que pone en su boca el historiador Cabrera. Conviene á saber: «Que le imponía su padre carga pesada para correr tras su carrera ilustre y clara, pues la experiencia y prudencia de su majestad cesárea pudieran mejor en los negocios tantos y vários, y por la grandeza y separacion de sus Estados. No aceptara, si no conviniera á la conservacion de su vida. Procu-

¹ Cabrera, *D. Felipe II*, lib. 1.º, cap. VII, pág. 36. «El Emperador Carlos V renunció todos los reinos de España en su hijo el rey Don Felipe, con cuya noticia en todos ellos con común alegría se levantaron pendones por él; y á 23 de Enero celebró en Amberes capítulo de la Orden del Toisón en que dió el collar á los principales señores de los Países Bajos.» Ferreras: *Historia*, pág. 1.

raría imitar sus virtudes en parte, pues en todo era imposible á la mayor capacidad»¹. De esta manera, y conociendo con toda claridad la carga inmensa que caía sobre sus hombros y el deber sagrado que contraía con Dios y con los hombres, quedó Felipe II constituido Rey de los Estados de Flandes en 28 de Octubre de 1555: de Castilla, Indias y Maestrazgos de las Ordenes Militares en 10 de Enero del año siguiente de 1556².

II.

CORTE Y CONSEJEROS DEL REY.

Si fuera intento mío escribir por orden cronológico la historia del Rey Prudente, sería menester no perderle de vista, ni abandonarle un punto en sus acciones, guerras, planes y política. Pero bastan de sus hechos los más salientes y notables para lograr el principal objeto; conviene á saber: presentar con *nueva luz* la real persona de D. Felipe, como desde el principio de este escrito se viene haciendo. El católico Rey, empezando á gobernar con mucho tino sus reinos y vastísimos Estados, llevó tras de sí, más y más, las miradas y esperanzas de los súbditos. Y como afirman los escritores de aquel siglo, imprimió en los ánimos «era capaz de gloria y del aumento que trujesen las ocasiones. Pródigo y religioso, llenó de reverencia sus pueblos: asegurólos de violento gobierno con su estabilidad, cerrando la puerta á los inconvenientes peligrosos, ahuyentando

¹ Luis Cabrera, *Historia de D. Felipe II*, lib. 1.º, cap. VII, pág. 36.

² El Padre Sigüenza en la citada y preciosa *Historia de la Orden de San Jerónimo*, dice que la renuncia postrera del César fué en 10 del mes de Enero de 1556 y añade: «que mandó el Emperador se leyese la renunciación firmada de su nombre, en público, en lengua latina, estando el Príncipe D. Felipe de rodillas delante de su padre, la cabeza descubierta: y fenecido el acto, el Príncipe besó la mano de su padre *bañándose con lágrimas*, y él le besó en la frente y le echó su bendición diciéndole amorosas y graves sentencias». (Parte 3.ª, lib. 1.º, pág. 188.)